

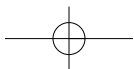
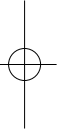
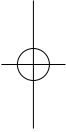
VER, PENSAR, SENTIR Y MIRAR. LOS SIGNOS

José Rivero Serrano, Arquitecto, desgrana de forma poética, en este artículo, su idea acerca de lo que debe componer la Identidad Castellano-manchega, los Signos y las Señas de Identidad que conforman nuestra Región, mezcla de lo antiguo y lo nuevo, de la técnica y el campo, de la historia y el futuro.

Se ha dedicado al estudio de la arquitectura y la pintura castellano-manchegas. Sus libros: *“Arquitectura del Siglo XX en castilla La Mancha”*; *“El Jardín abandonado: las artes plásticas en Ciudad Real”* y *“Memoria de Cosas: signos y señas de identidad de Castilla La Mancha”*

JOSÉ RIVERO SERRANO

Arquitecto





Josip Ciganovic
(Fotógrafo Serbio):
*Calle de un pueblo
manchego, años 50.*

"Nuestra tierra común esta llena de contradicciones"; esa fue una de las afirmaciones estrella del discurso de Javier Solana en Aquisgrán, el 17 de mayo pasado, en la entrega del Premio Carlomagno. Si es cierta la visión de Europa recorrida por contradicciones variadas, ¿qué podremos decir de Castilla-La Mancha? ¿Otra tierra común recorrida por fuertes contradicciones?, o ¿tantas contradicciones son, que impiden visualizar algo en común, algo nítido y diferenciado? Todo ello, toda esa dualidad o toda esa ambivalencia esgrimida, frente a la pretensión identitaria, exclusiva y excluyente, que nos han inflado, en diversas acometidas esforzadas, las velas de la navegación y que han tratado de visualizar rutas personales, muy personales. Rutas que se han desplegado desde el Pensamiento al Habla¹, como códigos de identidad que designan una pertenencia o su eco lejano y ya rebotado. Frente a tales procedimientos usuales y muy extendidos, del Discurso del Método de la Identidad, a veces es preferible darle la vuelta a todo ello y pensar al revés. Es decir no pensar desde la Repetición para visualizar la Diferencia; sino pensar desde la Diferencia para visualizar; justamente y más hoy, la Repetición. Invertir lo ya hecho y pensado² para oponer el Abanico con el Aire Acondicionado, la Cámara ahumada con el Ático insonorizado, el Arado de vertedera con el Tractor Mercedes o la Alcoba en penumbra con el Loft luminoso de la periferia industrial.

1 Así: Arroyo Serrano S. Pensar La Mancha. Empresa Pública Quijote de La Mancha, Ciudad Real 2007. VV.AA. El habla perdida de La Mancha. BAM, Ciudad Real, 2007.

2 Rivero J. Memoria de cosas. Signos y señas de identidad de Castilla-La Mancha, Añil, Madrid, 1999.



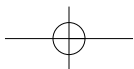
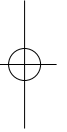
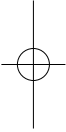
“Memoria de cosas³” supuso un esfuerzo extraño y peculiar, por recrear ciertas identidades regionales, rastreables desde la interrogación de un repertorio de objetos memorables y algo arbitrarios. Objetos, casi todos ellos mudos y olvidados o en desuso, que fueron expuestos como una estrategia de indagación sobre los vericuetos del alma regional; en el supuesto de que pueda afirmarse tal cosa. Pasaba, ya al final del trabajo, que de la lectura de la colección de las 187 Voces atrapadas, uno se sentía dividido entre el tiempo presente de la escritura y el tiempo pasado que ésta evocaba y movía. Entre un presente movido y un pasado estático; entre un presente de plástico y aluminio y un pasado de madera y esparto. En un ejercicio partido de tiempos, que contraponía la melancolía del pasado a la operativa (a veces ¿optimista?) del presente. Pero ¿dónde mirar? y ¿qué pensar? O dicho de otra forma: ¿qué ven los sentimientos?, y ¿qué mira el pensamiento? El ojo como memoria, y la memoria como forma de pensamiento. De un pensamiento, que no sólo se desprende desde las conjeturas poéticas o desde las rimas pictóricas (aunque estos sean sus campos exploratorios preferidos), sino que invade otras trochas variadas: desde la antropología al teatro, desde el periodismo al ensayo más juicioso. De un pensamiento pegado a los terrales del pasado, que es preciso empezar a remover y sustituir por otros procesos meditativos y sintéticos, que nos ubiquen en un horizonte menos castizo de soles y menos tornasolado por la memoria atormentada.

Tiempo después, incluso, he pensando ciertamente en la posibilidad melancólica de actualizar; revisar y ampliar alguna de las voces expuestas. Para rectificar la mirada o para invertir el sesgo de lo impuesto por el relato memorioso. Como si hubiera segundas escrituras válidas y lo dicho no fuera ya inamovible en el espejo del tiempo. Pero ¿valdría la pena el empeño? Voces las recogidas entonces, que se sustentaban en una realidad peculiar, rural y poética, que se desvanecía aceleradamente, al tiempo que avanzábamos, no menos aceleradamente, hacia otros derroteros unificados y globalizados en los que estamos. Al tiempo que salíamos de la Acadia rural para avanzar en un territorio industrial y aristado. En un camino similar al expuesto por Walter Benjamín al escribir sobre el *Ángelus Novus* de Paul Klee. Avanzando hacia delante, hacia el futuro ignorado y con la mirada, paralizada, vuelta hacia atrás, hacia el pasado que ya se pierde entre las llamas y el polvo espeso del tiempo; en un ejercicio extraño entre la destrucción del pasado y su nostalgia consecuente cuando avanzamos hacia el futuro. En un ejercicio partido, como el *Jano bifronte* que mira, sin saber bien donde ni a quién. Avanzar, pues, retrocediendo; o retroceder, sin saberlo, hacia delante.

Esa extrañeza del presente, era una de las preguntas finales del Prólogo del trabajo citado. “Distinto interés tendrá la pregunta que alguien formule al sentirse abatido ante tanta ensoñación del pasado y tanta carencia de presente. ¿Cómo salir de este círculo vicioso que componen las imágenes de gachas y galanos?, ¿qué relación es posible sostener entre una navaja de El Bonillo y los cuchillos de salvamento de venta en Coronel Tapioca?, más aún ¿cómo se navega en Internet y se reconoce la silueta del trillo aristado por lajas de pedernal? O dicho de otra manera ¿es posible seguir apuntando repertorios genuinos y locales en la era de la comunicación total?⁴”. Cabría, desde esa óptica haber empezado a introducir en la revisión hipotética y no verificada, nuevas realidades de objetos no menos invariables, que comienzan a permear ciertas realidades de la personalidad regional y que ya nos identifican a nuestro pesar. Hablar, por ello, de nuevos hábitos de consumo y ocio, de nuevas visiones de las realidades urbanas e industriales y, de nuevos paisajes transformados. Las naves rutilantes de metales y brillos de las periferias rurales, ya no adormecidas, sino presurosas y excitadas por las aristas de las telecomunicaciones inalámbricas. El caserío edilicio y boyante de nuevas materialidades, no menos rutilantes y extrañas, de materiales novedosos. Los clubes sociales de ocio y alterne, presididos por música internacional, formica en los escaparates y en las barras frías y neones al anochecer (como ya relatara Víctor de la Serna, a propósito del Puertollano industrial de finales de los cincuenta). El desfile de los molinos eólicos en las crestas greñudas de las sierras azules que se contraponen a las ruinas de adobes y tapias de los viejos colosos paleo-industriales. La selva de electrodomésticos, que han sustituido toda

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*. Página 18.



una civilización interior de la herramienta pegada a la mano, por el artefacto cuajado de diseño internacional y de abstracciones energéticas. O las nuevas vestimentas producidas en series multicolores y estandarizadas, frente a la severidad de un pasado palurdo, puritano, campestre y agrisado. Por no hablar de esa extraña revolución de la locomoción mecánica, que arrumba viejos artilugios móviles y extrañas bestias desaparecidas, que compusieron estampas muy repetidas en las arqueologías sentimentales.

¿No hay acaso ya más verdad en todo esto que en los viejos registros anotados en los inventarios sentimentales?, ¿no será que la novedad nos asusta intelectualmente, aunque la asumamos ya vitalmente? Pero ¿de qué hablar y cómo hacerlo? ¿Por qué esos viejos cacharros y no otros nuevos más potentes y cruentos?, podría ser la pregunta de rigor que avalase la selección propuesta pero no formulada aún sobre la nueva identidad moderna. Pero ¿no es acaso todo lo moderno un hijo pródigo de la identidad perdida? ¿De qué hablaría esta nueva serie de realidades que nos asaltan y codifican? No ya de las viejas miradas que se vienen produciendo desde una melancolía irredenta, desde la que se pretende 'pensar el presente', escribiendo desde el pasado o mirando sólo a ese pasado cada vez menos visible y cada vez menos reproducible, como un azogado deficiente en el espejo mareado. Pero ¿es posible tal cosa?: pensar y escribir por separado, en una ruptura de tiempos no pactados. Dando a entender con ello, que el cuerpo se encuentra en el presente y la cabeza en el pasado.

Dando a entender con la selección cuestionada, la diversidad de miradas y acercamientos que podrían haberse formulado ya de forma alternativa; dando a entender, consecuentemente, otras posibilidades exploratorias paralelas que viajaban de los objetos a las palabras; es decir de la vida parada a las letras inquietas. Pero no sólo es ese mi problema, ya que el mismo criterio selectivo (cuerpo del presente y mirada del pasado) se viene produciendo desde mucho tiempo atrás. En esa senda bifronte ya tengo rastreados otros inventarios posibles y no menos convencionales. Así: "Igual que Pavón hiciera con el poemario de Alcaide. El Paisaje, por ello, que en Alcaide es un dato moral más que una señal física, necesita la fragmentación de su significado en unidades elementales inteligibles y significantes. Y la descripción de esos datos morales que realiza el poeta, los desvela Pavón con todo ese inventario de palabras ásperas

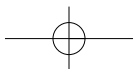
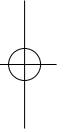
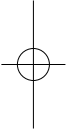
“Las vides con sus pámpanos verdes, se alinean paralelamente en rectas al parecer interminables; los olivos extienden sus copas negruzcas, formando manchas que se recortan sobre el cielo añil; la tierra, ahora rojiza, magra y esponjosa se cubre con los tallos amarillentos, recién segados del rico cereal...”

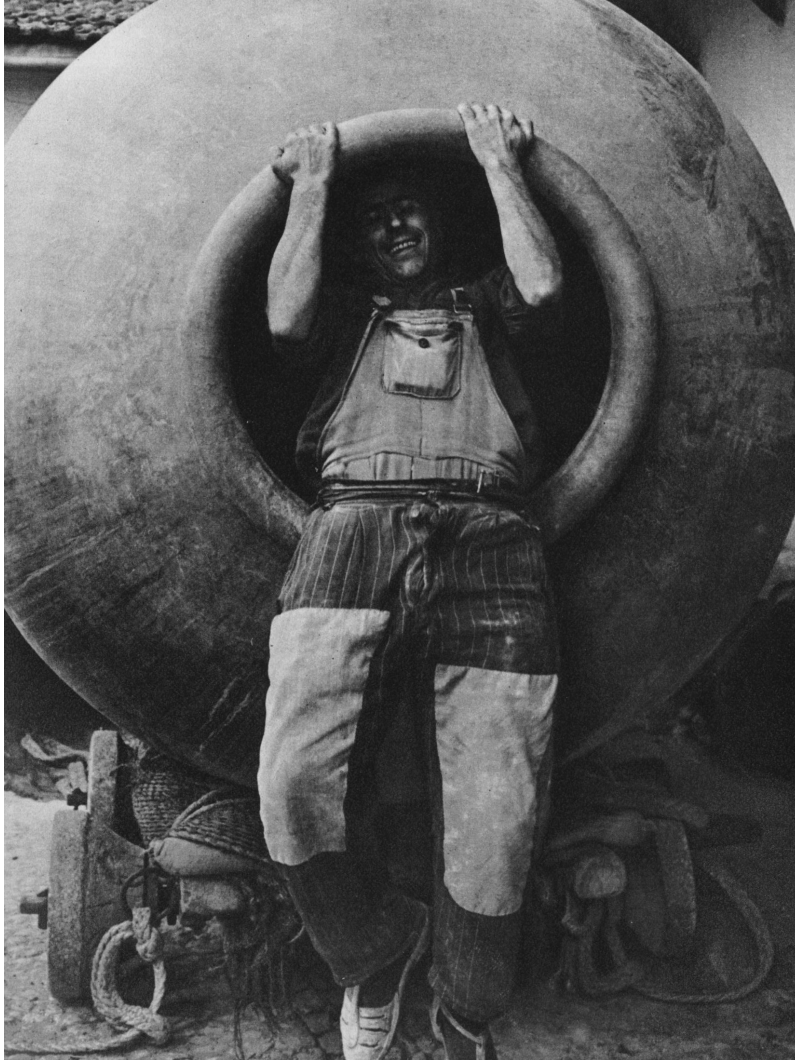
y secas para aprender el signo poético y la realidad significada: 'zurcir, arpillera, calambre, honda, cáñamo, cardencha, tintero y tábano'⁵. Y también Pérez Fernández en un texto de 1939: "Las vides con sus pámpanos verdes, se alinean paralelamente en rectas al parecer interminables; los olivos extienden sus copas negruzcas, formando manchas que se recortan sobre el cielo añil; la tierra, ahora

rojiza, magra y esponjosa se cubre con los tallos amarillentos, recién segados del rico cereal que es pan para el hombre y pienso para las bestias de labor. Un chozo de pastores. Y agua: agua cantarina y fresca, que extrae del pozo una mula cansina y perezosa dando vueltas y vueltas a la noria. Y hombres: hombres morenos de sol, atezados, secos y enjutos o rechonchos y grasosos". En ambos casos, ya Pavón, ya Pérez Fernández, emerge la identidad propositiva desde el relato suelto de palabras desmenuzadas, como en las cuentas de un rosario de memorias; ignorando las furias de un presente diferente técnico e industrial que ya empezaba a avanzar. Similar pedagogía de la identidad perdida desplegó Octavio Rodríguez Huéscar, en su serie periodística 'Temas de La Mancha', tratando de aportar registros específicos de una identidad que aleteaba y se diluía en las curvas del paisaje olvidado, cuando el país desplegaba ya la Planificación tecnocrática de finales de los cincuenta. Es eso también lo que propone Dionisio Cañas, en su trabajo más reciente 'La doble identidad manchega'⁶; donde la rebusca esencial de la personalidad del manchego, se salda con otra propuesta seriada que viaja de jaraíz al porche, del empedrado a la higuera, de la leña a la cueva, y a la tinaja, de la cuadra al corral y al reate regado y perfumado.

⁵ Rivero J. Camouflage o el Canon Manchego. La Tribuna 15 agosto 2001.

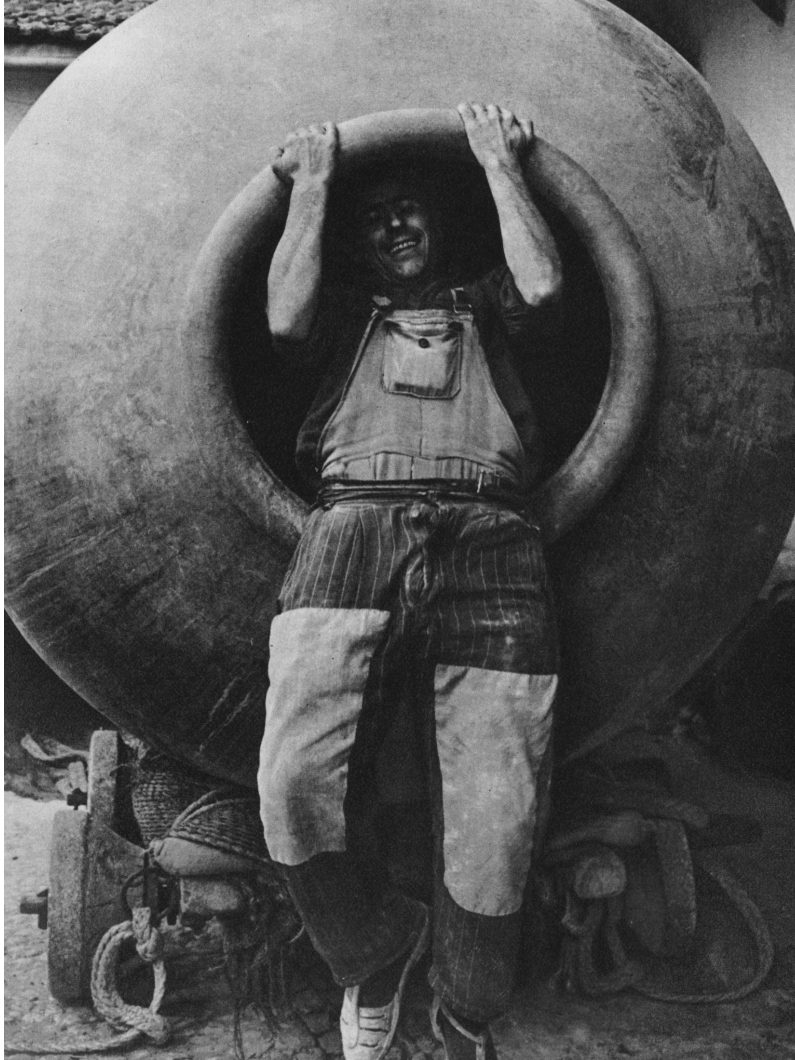
⁶ I Arroyo Serrano S. Op. cit., página 124 y ss.





Josip Ciganovic
(Fotógrafo Serbio):
Tinajero, años 50.

Cuando bien cierto es, que el presente (al igual que los otros presentes de los diferentes momentos históricos citados) son cosas diversas de los relatos poetizantes y melancólicos de una memoria electrocutada por los voltios que ya corren por nuestras venas. De una memoria, que como un instrumento de cuerda escasamente afinado, sólo es capaz de repetir un tono de sobra conocido. Pero ¿y la otra música?, que bien cierto es que existe, aunque no la entendamos. Aunque no la sepamos, o aunque no la queramos. Frente al agua aséptica y envasada, preferimos mirar a los pilares húmedos y a las pozas insalubres de sanguijuelas del pasado. Preferimos el agua simbólica del abrevadero o de la poza, más que el agua higienista y abstracta que ya embotellamos en Beteta. Frente a la eficacia técnica del gas ciudad o del gas propano, optamos por añorar la ineficiente chimenea de leña y jara con su humo irrespirable, pero que alimenta sueños de alcoba rancia. Preferimos el fuego, pues, como ensoñación turbia y antigua, antes que como energía invisible. Preferimos el traqueteo ronroneante del carro o de la galera, en su melancolía perdida por



las pedrizas, aunque de hecho nos aposentemos en esplendidos todo-terrenos fabricados en Japón con GPS a bordo. Soñamos, pues el movimiento como un sueño, antes que como un trabajo. Ciertas comidas autóctonas, válidas en fiestas, matanzas y concursos, no componen ya la dieta común y aportan una somnolencia de letargos imposibles. Es decir frente al alimento eficiente y equilibrado, dormimos soñando en la pitanza de las Bodas de Camacho. No tanto y no tan solo el fast-food frente a la orza de lomo en manteca.

Propuestas todas ellas, las revisadas más arriba puntualmente, que son más analíticas que sintéticas. Y que proclaman un pasado desde la captura poética del cielo estático y ¿estético?, ignorando el paso rectilíneo de un reactor refulgente o el rumor eficiente de una torre de transporte eléctrico que arrulla a las cigüeñas de la pollada. Pura proclamación, pues, del recuento somnoliento y pura emoción de la serie que se repite como la cuerda de la guitarra desafinada y que ignora otros sonos y otros sonidos. Antes que el esfuerzo y el empeño moderno por definir una nueva objetualidad, o ¿quizás una nueva Objetividad? De cosas, seres, paisajes y memorias que ya son otros y cambian más deprisa que las miradas congeladas de pintores o que las palabras cosidas con hilo invisible de los poetas dormidos. Aunque ya fuera una nueva objetualidad fría, abstracta e irreconocible. Y no identificable como propia, habría que rastrearla y exponerla al mismo nivel. Sólo que las sensaciones y los sentimientos que presiden los recuentos, son muy antiguos y no se actualizan como las máquinas silenciosas y las presas de aguas vivas, aunque de apariencia dormida. Propuestas todas estas, que pretenden descubrir el fondo del ser del presente, desde el inventario de esencias titubeantes, pegadas a las palabras y aleteando desde objetos perdidos, como una metáfora del saldo de la almoneda. Propuestas todas ellas, que eluden el peso del presente y que omiten la síntesis actual de La Mancha. Más difícil y menos reivindicada; más dura y más internacional, frente al patriotismo de esa vieja querrela del pasado dormido.

Pensamiento analítico pues de la serie poética o poetizante, frente a pensamiento sintético de la serie técnica y comercial, que sólo emerge en los registros estadísticos y comerciales. Pero nadie en su sano juicio o en su sentimentalidad cabal, compone un registro de identidad frente a series tan abstractas y tan vacías de sentimientos como esas citadas. Puede más la mirada que el pensamiento. Puede más la nostalgia que la sentimentalidad fría del presente. Puede más la piedra que el acero y el barro trabajable puede más aún que el poliestireno, aunque cada vez sea más escaso.

Por eso preferimos, el territorio que tatúa el pasado más que las pistas que hoy despliega la técnica incruenta y contable. Ganancia frente a pérdida; ahorro frente a gasto paródico. O si quiere, la estrategia visible y abierta de la ducha, frente a la estrategia oculta y cerrada del embudo. La ducha abre y pulveriza el agua, la vierte y dilapida en un exterior extenso, produciendo una fragmentación del contenido precedente, para optar, luego por su desaparición, vía sumidero o vía evaporación. Mientras que el embudo previsor, guarda, ahorra y concentra lo vertido, como si de una esencia rica y misteriosa se tratara, en un ejercicio inverso al relatado por la ducha. Todo lo rastreado hasta ahora en esas viejas series de identidades citadas, ya Pavón, ya Pérez Fernández, ya Cañas, ya Eladio Cabañero, ya mis 'Memorias de cosas', son como el ejercicio del agua en el viaje de la ducha: desaparecen por el suelo una vez que nos han mojado y olvidamos el tacto humedecido. Todo lo pendiente por acometer es el ejercicio del líquido en su viaje inverso por el embudo. Concentrarse en el recipiente y producir un destello de luz incomprensible. Abandonar los recuentos analíticos de gañanes, carros, pozos, chimeneas, patios umbríos y empedrados, blusones y boinas, caseríos y bombos, acetres y banales, hornos de poya y zurroneos de pastores, carros y arados, gachas y galianos, resolí y mistela. Abandonar la mirada analítica y proponer el pensamiento sintético para definir otra identidad acelerada, que preside otro orden misterioso de nuevos objetos, no menos ininteligibles. ●

Preferimos, el territorio que tatúa el pasado más que las pistas que hoy despliega la técnica incruenta y contable. Ganancia frente a pérdida; ahorro frente a gasto paródico.